

TANGO BAR

POR PILAR SALAMANCA

“Le decimos Bolón, ya tú sabes por qué, me figuro, ché, nació macho, macho y muy bien servido, grandotes ellos y redondos como pelotas de tenis (Hacía con las manos parábolas en el aire macizas de significado), pata fuerte y hocico rabiosillo, casi colorado. El pelo (describía su brillo fuerte manejando los dedos como pinceles mientras tú te servías otro vaso de whisky y charlabas con él de chistes escabrosos), era una seda.

“Mítones, su hermano, más negro que un pecado mortal, tenía, en la pura puntita de las patas, unos guantecitos blancos, bonitos en serio, un día tienes que verlos. La última fue Mimí, más bien canija, pequeña y dulce como su madre, por eso fue que la bautizamos igual, anda con los ojos entornados y se balancea igual que una putilla joven.

“Pero el mejor es “Bolón” (Y volvía a enseñarnos una postal para niños con un gato gordo de tripa abultada y ombligo bajo, que si apretabas soltaba un maullido de juguete) ¿Ves?, pues igualito a éste.

Tú la decías, pero Gata, es que Bolón no es lo mismo que Huevón, no, contestaba, Huevón es para quien no los tiene, ese calmoso tan lleno de Ah! se me oía exclamar a mí pecando de falsa inocencia, aprovechando el inútil privilegio de ser pequeña y mujer en aquel grupo.

“Y qué, contás vos algo, como os van las cosas y eso. Ya ni me acuerdo cuántos días hace que no os dejais caer por aquí, tanto tiempo sin visitar a la Gata, ¡desgracias!, pecado es...”

“Mortal de necesidad lo reconozco”.

(Es la segunda vez que sale “pecado”, investiga tu inconsciente). Mientras tú consolabas sus protestas (lo reconozco, mujer, lo reconozco) yo me divertía crudamente comparando todo el paso de sus años con el viejo cartelón que había en la puerta, mejores tiempos de eso que ahora veíamos mujer a nuestro lado.

Había sido hermosa y en la ruina se salvaban, aquellos ojos suyos como rotos dolores en la frente, cansados restos de faro apagado.

Sonrisa medio oscura en pelo de Monna platino.

Al fondo, cubierto por el ala de un sombrero, estaba el hombre y dos palomas robustas como manos tocando un bandoneón.

¿Recuerdas? Yo y tú, de señores-casino, observando el espectáculo del tiempo, la Gata y él en viejos trasladándose con la casa al hombro por las cuatro esquinas del mundo mientras se apoyan, uno y otra, en los cardos de costumbre que se tienden después de luchar en todos los frentes a solas y siempre unidos. Quizás amándose.

Aquel pelo de estopa mal fregada, cobijado por las sombras de una vela, sin canas —que canas van saliendo al resignado— solamente pegado en mal sombrero a la cabeza. Manos contrahechas de venas palpitando en dedos tan inquietos como párpados, continuamente en guiño, la voz tan requemada y el pequeño tapón de su cuerpo lleno de vida. ¿Te fijastes en sus movimientos continuamente en marcha? apenas sentada, cuando ya se había disparado de nuevo hacia la puerta para fisgar, una vez más, la marcha del negocio?

Vestía de negro brillante con un profundo escote entre cordones.

“Esta tarde bajé a la ciudad, ya te dije, por eso del traspaso del negocio y para ir a hablar con el viejo me puso más perrechada que un mariscal de campo. Me dije, digo, “a mí esto me lo tiene que dar por lo que yo quiero, pase lo que pase, y lo que yo quiero es un contrato de cinco años y eso me lo saco yo de madre, ¡vaya que si me lo saco!”, por eso me puse este escote —tetuda que es una— y el tío maula no hacía más que arrimarse y pingarse p’arriba a ver lo que pescaba. Yo con cara de inocente dale que dale “¿a cuánto me interesa? pues... a cinco años”. Sí, sí, a lo que usted diga (el muy asqueroso)... al despedirme me tendió la mano y se dio tal maña que casi me la mete por el escote...”

“Se confundiría y en vez de la mano te querría agarrar una teta...”

Había estado en silencio... con esas palabras supuse que molestaría a la Gata (¡Cállate so asqueroso!), pero ella fue la primera en dejar oír su risa tabaco-cascada. Reíamos todos. ¿Recuerdas? sin embargo, entre el humo y la sorpresa sentía el esfuerzo de mis labios estirados. Muy pronto pude acostumbrarme a ese duelo público de heridas, e incluso tomar partido, unas veces con él, otras por ella.

El Gato, así le llamaba, debía de haber sido un argentino de Planta y ahora sólo el “ché”, “vos”, “viejo” y su tono de tango arrastrado, conservaban un algo de su tierra.

“Y eso que si me quito el bigote y la melena nadie me echaría los años que tengo ¿verdad?”. Verdad-mentira. Y debías decirle mentira para ahuyentar el desengaño de aquella cabeza calva de larga cola en la espalda, aquellas cejas fruncidas cubriendo su mirar de niño viejo, aquella voluminosa panza alegre por encima del cinturón de un pantalón caído en bolsas.

“Empecé la vida de noche a los catorce años en los chigritos de Buenos Aires, entonces aprendí a tocar en el bandoneón. (Se parecen, ¿verdad? el bandoneón y el acordeón —como balcón—. Molesta ignorancia. No, no, sólo en el fuelle, sólo en el fuelle). Continuaba. “Es cansada la vida de noche, quema por dentro y por fuera, amarga los sueños, desnuda ante tí la cruda realidad de los temores, esas que piensas “no es posible”, acaban paseando ante tus ojos con la misma mala sombra de una tortuga

vieja, tan lentamente, ché, que puedes saborearlos a gusto”.

No sé que hablaba la Gata contigo, entre palabra y palabra, pescaba un “Te quiero”, “Te quiero bien, en serio, si no pa qué hablar, mi buen amigo, verdad, sinceramente”...

Se esforzó en dejar claro lo limpio de estas palabras ¡Me sentí avergonzada al ver su empeño, tú y yo, los demás todos, bautizamos de dignidad nuestro cariño, el valor de la amistad que concedemos, ella sin saberlo, castigaba con temor su atrevimiento al reclamar para un amor amigo la misma limpieza que nosotros derrochamos tan sin cuidado. Se entregaba, humilde caja de cerillas, brillante valioso, obscureciendo, clarísima luz, el triste resplandor de aquellas velas.

El Gato había comenzado con sus chistes mientras yo le miraba distraída con mi más agudo oído a vuestro lado.

“A millares, tengo una memoria tan buena, tan de caballo, que podría pasarme (no, por favor) una noche entera contando y contando sin parar”.

“¿Es posible?”

Y seguía, hablaba lentamente, haciendo de cada uno todas las recreaciones imaginables, largo paseo de gusano, esforzándonos —yo al menos— en tener preparada la sonrisa dijera lo que dijera, uno tras otro. Vuestras largas carcajadas de entendidos me hacían parecer ridículamente obtusa. Los vapores del vino, lo que fuera, daban a mi mirada un empañado brillo de inocencia. (¿Cómo lo sé? A veces me he ensayado ante el espejo...)

“¡Claro! ¡La pobre no entiende...!”

Y me reía con retraso, ¿recuerdas?, tratando de no quedar mal del todo. Un suplicio de Tántalo en celo.

“Erase una vez un marido cornudo, la mujer se le acostaba con su mejor amigo. Un día se le ocurrió la buena idea de ir a visitar a la esposa del dicho bendito amigo, y de paso contarle lo que ocurría.

“Mira Lupita, te digo que es cierto, tu marido se acuesta con mi parienta”.

“Quita p’ayá, no metas trolas...”

“Pero no seas burra, Lupi, que te digo que sí...” (El Gato sobaba una y otra vez lo mismo, que sí, que me lo han dicho, que...)

“Que no...”

“Sí...”

Otra idea brillante, un golpe de luz...

“Oye Lupita, ¿y si nos acostáramos juntitos no más que por vengarnos?” Admiración.

“¿No más...? pues claro, ¿qué te parece?, hale, hale, a vengarnos”.

Y se vengan.

Aquí el Gato interrumpe la escena para describir con todo detalle el reloj sucesivo, el cigarrito, pim, pam, pim, pam, una copichuela, pim, pam, pim, pam, la paz del desahogo... Estirándose hacia atrás en la silla, encendía un pitillo, despacio, suspense...

Un rato más y el cornudo vuelve a la carga.

“Lupita...”

“No, no te creo, no te quiero creer...”

Una dulce nueva venganza.

¿Cuántas veces? Una y otra, cinco, diez; el Gato repitió la historia completa, languidez incluida, masturbando teórico... la gracia se había ido diluyendo por el camino y en nuestras mentes sólo quedaba un cansancio sordo y rencoroso. ¿Cuándo demonios querrá acabar?

Después de estas grandes discusiones (y hacía un gesto de impotencia con la mano), el vengativo marido estaba agotado. (La Gata nos animaba diciendo, éste sí que es bueno, éste sí que es bueno), no podía con su alma (¿Os imagináis?, siete veces en una noche..., decía. No, no me imagino nada, callaba para mis adentros, no puedo imaginarlo), pero la mujer estaba todavía como quien dice —y perdona la expresión— (se dirigía a mí), cachondona.

Como el otro ya no daba señales de querer más guerra, fue ella, esta vez quien inició la discusión.

“Oye, mano.... oye... pues mira, la verdad es que sigo sin creérmelo...”

“Pues créetelo...”

“Me parece imposible...”

“Ya te lo he dicho...”

“No...”

“Sí...”

(El Gato repetía, repetía...)

“Bueno, tendré que creerlo y como no vamos a dejar las cosas así, nos vengamos otra vez y ya está, qué caray...”

(Dale, dale...)

Entonces el cornudo, con una voz de ultratumba, le decía:

“Mira Lupita, yo bien quisiera, pero es que, la verdad, ya no me queda ni una “gotita” de rencor dentro del cuerpo...”

Y la Gata se reía como loca, rompiendo las tinieblas a carcajadas, y tú, y él, porque lo de “gotita”, decíais, estaba muy bueno, además si para hacerlo más gráfico, juntas los dedos índices y pulgar de una mano, todavía quedaba mucho mejor.

Sinceramente me reí sin ganas, hay algo de trágico en los payasos, dan pena. Con todo y en su honor, carcajeé unos discretos tres minutos —casi los cuento— y luego, con la disculpa de un nuevo sorbo, levanté el vaso y dejé de estirar los labios hacia arriba, cualquier cosa confundida con una sonrisa.

Se apagaban las velas derretidas en aquellas sartenes - candelero, el baile, luz y sombra disfrazaba de chinescos los escritos recuerdos de la pared. Unos miles de “Te quiero” en cada lengua, un documento de encuentros y despedidas. La oí decir:

“Son salvajes, malos, el mundo les cree inocentes sin saber que nacen del diablo. En Buenos Aires yo tuve... (La música desgarrando “Querido...”), yo... doce gatos”.

“¿Doce? Gata... ¿Dónde los metías?”

“En mi casa, dónde va a ser”.

“¿En el jardín...?”

“No, en mi casa, dentro, no teníamos jardín. Además cada uno en la suya puede tener lo que quiera. ¿Vos qué pensás, piba?”

“Pues...”

“Y más cuando los míos no hacían mal a nadie, ni ruidos ni na... pero un día aparecieron muertos, envenenados”.

“¿...?”

“Sí, ellos, los niños, los vecinos niños”.

Y todo un dolor de rabia impotente se cuajaba en sus palabras.

“Les odio, no puedo verles, yo no hago daño a nadie, ché, pero es que no les aguanto cerca”.

(El rito de la caída, presentía el resbalón por delante de mis preguntas, si seguía investigando, si seguía... Entre tanto, tú y tus anteojos, cómodamente sentados, banco-nariz respectivamente, observabas el “contacto” imaginando el estallido. Hondamente plantado en el pico de la montaña que siempre has sabido ganarte a pulso, allí donde has llegado a fuer —¿se dice así?— de codos, allí donde ahora te asientas, alejado de la duda, de las dudas, de quien no encuentra el camino, sin disculpas, quisquilloso, queriendo exigir a todos el mismo marcaje que tú conseguiste).

“¿Y los hijos? ¿No piensas tener hijos?”

“¿Quién, yo? Claro que no, no, por Dios ¿Quieres que lo diga con mayúsculas, mira, N-O, J-A-M-A-S (Y señalaba a su hombre), antes de parir algo como eso, me lo coso”.

(Creí haber entendido mal, pero tú machacaste...)

“No será para tanto, Gata...”

“No, ¿eh?, pero ¿es que no ves esta vida arrastrada que llevamos? Y aún quieres que traiga a este jodido mundo más arrastraditos...

(“...los amigos ya no vienen...”)

“...no, hombre, no. Pá fregada, me basto yo sola, estaría guapa la Gata con bombo...”

Se me ocurrió pensar en sus noches, tres noches cantando sin gana, en su fracaso de altos vuelos, en el peregrinar de su cuna por los fríos cafetines de provincia tras provincia...

“Yo no tengo familia ninguna...”

(“...Ni siquiera a visitarme...”)

En aquel hueco de vida, ¿dónde cabría una nueva?. Vulgar drama de aventuras conservando el tipo, cantando entre la gripe, con la gripe, por la gripe. Y digo:

“¿Puedo darte mi opinión?”

(Qué bien disfrazado el sadismo en daño, maldito vinagre a chorro sobre heridas).

Menea su cabeza, los hombros, saca su lengua sonriendo...

“Tu amor por los gatos suena a disculpa, el postizo condón de una madre frustrada...”

Me ayudabas...

“Los niños son...”

“Carajo, pibe, no me los compares. Lo que tiene un gato de elegante, independiente...”

El Gato:

“CÓmodo...”

“No sé cómo dices eso, mano, bien sabes las mañas que se traen, peor que viejos... y así y todo los prefiero; de frustré..., frustra... o lo que sea, nada. No se pueden comparar...”

Y no comparo Gata madre, sin cuna en lo blando de tu vientre, sin casa entre los cuadros de tu mano, sin días, con el afán de esas noches en teatro.

“Pues a pesar de lo que dices (y como disfruté yo provocando el chillido de sus ojos), me dan asco, son infieles, mentirosos, mal-agradecidos, traicioneros...”

(“...No habrá más pena, ni olvido...”)

“¡Ja! Eso es lo que dice la gente porque son animales independientes, libres y orgullosos... a todo el mundo le gusta mandar y por eso prefieren a los perros, tan cochinemente serviles, a esos, a esos había que cortarles sus partes por maricas...”

“Los hay bravos...”

“Los gatos también lo son, me gusta su dominio de sí mismos, y al mismo tiempo, la pérdida de sí, en los trágicos maullidos que nos lanzan a la boca, cálidas noches de su celo, la falta de pudor, su orgullo...”

Su hombre la interrumpió diciendo:

“Por algo te llaman Gata...”

“Tú no podrás quejarte...”

A nosotros: “Este hablará lo que hable, pero en el fondo le gusto más que comer con los dedos”.

“Siempre tan amable...”

“...de vicio...”

“¿Vicio?, qué más quisiera, no sería malo eso de quejarse de vicio, pero la verdad, vos no servís p’á eso.”

“Anda, anda este...so...”

“A tus pies, gatita.”

Reía, cerraba los ojos...

(“Si yo tuviera un corazón...”)

Oportuna intervención la tuya. “Bueno, ya basta de tomaros el pelo”. Tan diplomático siempre.

La conversación chorreaba sangre de vergüenza ajena, ellos, en su piel de cuero no sentían las raspaduras de sus propias espinas. Y había algo más que sangre, herida, la única forma de contacto entre dos seres hechos cuerpo de castigo, de amor muerto, de condena enamorada y necesaria al correr de los años por su lado.

Los mismos discos noche tras noche, un como querer detener el tiempo borraba la huella de estas canciones. (Me habías dicho “Ella está hecha una pena, desgastada, no sirve para nada... en cambio el bandoneón es bueno de verdad. Alejandro tiene con Gata mucha paciencia...”)

Escucha, te digo que escuches... No hay en el mundo un cubo de basura tan grande que pueda recoger a los que no sirven, cuando no servimos —¿servir?—, como no sea la fosa del cementerio que siempre creemos abierta para todos menos para nosotros mismos. No te engañes, dentro de tu lógica matemática —me incluyo— es ahí donde acaban los razonamientos, los mismos que te sirven para elevar a categoría de sacro los mil y un trabajos de cada día con esa responsabilidad respetada y respetable,

siempre bajo ley, que harán de tí un gran jefe, siempre con, de, por la ley. No, no te echo nada en cara, es sólo que a la luz de estas velas metidas por los ojos, no veo ya la fuente de unas diferencias, bajo el sol, tan palpables.

Decías que era agradecimiento... por lo visto la vida del tango no está bien considerada en el pueblo, y tú, noche tras noche, desgastabas, delante de un vaso y en su guarida, las pocas horas que sobraban del día, a tus reglamentados días.

Del agradecimiento venían los besuqueos de la Gata, decías, porque cualquiera que hubiese asistido a sus zarpaos, degüello mutuo, no se sentía con ganas para volver y tú... volvías. Olvidé preguntarte por qué. La colilla encendida, hecha toda una larga ceniza en su boca, comenzó a improvisar arrancando al bandoneón algunos saludos de bienvenida.

“Canta —decía la Gata—, tú sabes hacerlo cuando quieres, anda, no hagas el tonto...”

“Y a mis amigos queridos...
ché, vos vengo agradecer...
esta visita tan linda...
pá que la vuelvan a hacer...”

Más hielo, más, más whisky en los vasos, menos en la botella. Me iba preguntando si después de acabar con la botella de Chivas, lo demás sería invitación de la casa.

Coplas vulgares con el sentido perdido entre las notas, sólo palabras y versos de a puño que no recuerdo. “Ya sabes, agradecidos...”

Pero es que yo no sé nada, no puedo creer que para ellos rijan los mismos valores de la vida cómodo-cortés a la que nosotros estamos acostumbrados. Yo y tú. Un momento de silencio por los muertos.

Con los ojos cerrados, abultado vientre azul guardando el puerto de unas piernas cortas, entreabiertas, sobre la izquierda un pellejo de gamuza desgastada y el bandoneón apoyado encima. Comenzó la noche. El instrumento se abría con los fuelles ricos de aire, mientras sus dedos acariciaban los botones demacrados del teclado. Gemía, como sólo puede hacerlo un hombre cuando gime, y al recogerse sobre sí mismo nos regalaba lo más grave de su esfuerzo. Aquel cuerpo vivo de animal cansado, aquellas manos peludas hechas ángel bajo unos ojos cerrados y un cigarro medio muerto entre los labios.

Fueron sólo unos minutos colgados entre dos aires. Tú no existías, te habías borrado en el rincón de la mesa llevando a lo oscuro tu pequeñez y mi egoísmo, quizá adivinaste entonces que no eras tú quien me había traído aquí, sino yo a tí, yo que te olvidaba, sentado a mi lado, como olvidaba el coche aparcado en la calle cercana. Un chófer, unas ruedas y a partir del momento en que entramos en el “Tango”, una sombra entre sombras, más sin forma que las otras.

Fueron horas solitarias. Yo observando, tú observándonos. Apenas una diferencia entre nosotros, mientras mi empeño trataba de introducirse con sincero interés (¿sincero?, así lo creo), en sus vidas, conquistando algo que de lo suyo quisieran darme, tú te contentabas con la alegre observación microscópica de laboratorio, y era eso, quizá de un modo inconsciente, lo que yo trataba de vengar con el olvido absoluto de tu persona.

No existen cargos, sólo... observaciones a pie de página. (Esa doble ingenuidad de la picardía).

En un momento sin aviso, la Gata decidió enseñarme sus cuadros. Nos levantamos y cogimos del brazo como amigas —nacidas—, nos alejamos (sartén y vela) para pasarles revista. Alineado batallón de estilos y técnicas, de puro espontáneos, hijos de su madre y un padre momento diferente. Colgado de una esquina, aquel monstruo en tinta negra sonriendo a muecas, los hombros retorcidos, colgante la lengua, un pelo-clausura nublaba los rastros de cualquier mirada.

“Muy bueno, ¿verdad?”

Verdad.

“Sádico, Gata... Es trágico”

“No lo dudes... era un retrato, una foto que me hicieron hace tiempo”.

La ví muerta, desesperanzadamente muerta.

“Un baile de máscaras el nuestro, te invito”.

A golpes, a pasos sincopados... qué lejos los vales de la casa el conde. Volvimos a vuestro lado, más chistes. Ahora decía: “Hace dos o tres noches, tuvimos aquí un grupo de gente joven, ya sabes, niños de familia (¿?) y señoritas de casa bien. bueno, pues como os digo, se sentaron en esta misma mesa y las tales jovencitas —me miraba a mí— empezaron a contar unos chistes... qué chistes. viejo, un puro sofoco el mío... yo, ¿tú ves?, te digo... Siguí contando chistes.

De vez en cuando, entre carcajadas, me lanzaba su voz de viejo. “Qué piba. ¿nos vengamos?”. Al verle tan gastado imaginaba, sinceramente imaginaba su pobre sexo comido de gusanos tratando de empujar la barrera de los años con la fuerza, hacia atrás, de su deseo, arrugado como el viejo bandoneón. Y un asco puritano me helaba la sonrisa nacida, ya sin gracia, al borde de unos dientes-calavera, mis dientes, que se obligaban a responder a esa broma con tanto de secreto entre sus tripas.

(¿Nos vengamos...? Ja, ja, ja, ja).

De tanta noche fría, de los días, de tanto aburrimiento, de una ganas sin nombre, de tanto y tanto deseo reprimido.

“Canta, Gatita, canta”.

Sabías que era mucho pedir y lo pediste. Hipocriteando la audacia (“Sé que os costará un poco, pero hacerlo en honor de nuestra invitada de esta noche”).

Y yo era la invitada, transformada en disculpa a tu deseo. Una gran pareja la nuestra. Estábamos creando “climax”, lo visto nos sabía a poco y ahora nos faltaba salsa de lágrimas con que regar los manjares-experiencia de esa noche. No faltaba más que eso.

(“Mi Buenos Aires querido...

Cuando yo te vuelva a ver

No habrá más pena ni olvido...”)

Gata se había escondido en la habitación contigua y su voz gastada nos llegaba en llanto. La sentimos acercarse poco a poco y cuando la tuvimos delante volví a ver, colgada de una esquina, el negro blanco y negro de su fotografía, aquellos ojos brillantes de pena rabiosa, iluminaron, por unos instantes, el resbaloso paso de la música, cuando sus notas, al golpear sin eco las paredes, acompañaban en silencio, el sordo rumor de aquella

voz rota.

Debo confesarte que traté de buscar lágrimas hasta en lo más profundo de mi voluntad ahíta, sin encontrar otra cosa que una torpe sequedad de cardo borriquero.

Lágrimas para pagar la emoción que me llenaba a pesar del ridículo trenzado de sus manos por el aire, sus gallos, el gesto atenazado de la boca demasiado grande para aquel pobre sonido que era tango.

Eran pocas las palabras a ser dichas cuando de pronto se acabó la música y la Gata se apoyó cansada en nuestra mesa.

Aplaudías suavemente.

Yo me sentí perfectamente estúpida después de darles un beso a cada uno.

“¿Me dejas que te dé un beso, Gata?”.

Cuando pienso en aquella obra de teatro organizado... Creados los estímulos preveíamos respuestas y era nuestro orden, el bien formado respiro de un tablero de ajedrez.

Me habías dicho: “Ya verás es una pareja interesante”. Y yo fuí dispuesta a penetrar en cuña dentro de dos vidas que para nada necesitaban de mi cuidado. Fuimos a crear nuevas nostalgias en dos mentes ya abrumadas por el peso de las suyas.

Aquella habitación a semi-oscuros y el “Profe” (“Soy el profesor-cate-drático-de-folklor-argentino-en-las-islas”). sirviendo hielo en un vaso y taza, que de todo podría llamarse aquel instrumento.

Habíamos estado solos. Las cuatro de la mañana. En toda la noche ni un cliente a excepción de dos borrachines madrugadores que se quedaron mascullando sus secretos en la barra y que salieron sin intervenir para nada en nuestra improvisada función de marionetas.

Se acercaba la hora de marcharnos, por momentos tratabas de encontrar cualquier disculpa-despedida, para librarnos de una carga íntima camino, ya, de hacerse pesada. Muy.

(“Hoy estuvieron correctos, sería por tí... hay días —va me lo habías dicho— que pelean realmente como gatos y entonces se hace imposible estar a su lado”). Seguías.

(“Estoy seguro de que en el fondo mucho de su cariño es sólo agradecimiento, se dan cuenta, volver después de haber asistido a sus rebatiñas...”). Hablabas y yo te dejé hablar. Tanto monta.

Aún no era bastante nuestro interés mal-fingido, ni la morbosa curiosidad hurgando heridas de un prójimo hecho tango. Personal satisfacción. Faltaba además, juzgar sus sentimientos por el mismo rasero que medimos nuestro pequeño orgullo, amistad agradecida en pago del silencio, de una botella de whisky, de un largo no-olvido.

Escuché mi voz como el lejano ronquido de una pepona llorando. “Ha sido una noche feliz” (me atrevía...) “...contenta de haberos conocido”.

Apoiados los codos en el mostrador, enredando con los mil y un detalles de aquel chigrito hecho casa de dos personas solas, me alejé un poco para observar el ritual de pago. La función se había terminado.

Acabadas fueron ya las “humanas” confianzas, nuestro rato feliz recién agonizado, mientras el “profe” iba redactando la cuenta poco a poco; eran muchos los vasos de whisky consumidos. ¿Te acuerdas, verdad? Te

ví leer la nota muy despacio, por un momento sentí el temor de escuchar la siempre típica pregunta, “¿Y esto de qué es?”..., bastante roto quedaba ya el encanto para cubrirse encima con el hielo del precio, más o menos, de un cognac.

Guardabas silencio todavía y ya la Gata esperaba con el paltillo bien extendido. (¿O era una cajita de madera, antiguo depósito de un viejo molinillo de café?).

“Gracias, viejo, volvés pronto”.

Y él:

“Sos agradable. Tenés buen gusto, hermano. Qué, ¿nos vengamos?...”

La eternidad de un ronquido de coche, adiós entre las manos, adiós que hace frío. Adiós.

Algo de amargo en nuestro silencio, la mutua compañía avergonzada.

Visita de amigos con precio... a la salida. No se me había ocurrido pensar, ni por un momento, que hacíamos de clientes. Ironía.

Esta fue la única reacción no preparada, un brusco descenso al firme subterráneo de nuestra realidad. Subterráneo que no se había movido de su sitio, (nunca), y del que yo me había escapado colgada del lejano ascensor de tus palabras.

No hablabas, pero la fuerza de tu mirada fija en la carretera iba escribiendo tu pensamiento a la luz de los faros.

“Francamente, la verdad, para ser una visita de cumplido, me ha salido un poco cara”.

